

Carlos Charlin Correa.

## VICENTE IZQUIERDO SANFUENTES <sup>(1)</sup>

(1851 - 1926)

*... los mansos y humildes poseerán la tierra ...*

Diviso a través de la bruma del tiempo al doctor Izquierdo, allá por el año 1906, como profesor de Histología. Me aparece cual personaje de esos frescos de Puvis de Chavannes en que las figuras a la luz del atardecer o del día naciente se deslizan en actitudes plácidas. El cuadro todo es paz, no hay una pincelada violenta, una sombra fuerte, un movimiento brusco.

No es la realidad o es la realidad tamizada, idealizada por el artista.

Veníamos turbulentos y al entrar al auditorio de Histología nos humanizábamos. El profesor vestido de negro, con su cabeza ya coronada de blanco, su frente tersa, sus facciones de líneas esfumadas y sus ojos humildes, parecía un hombre conventual, que no hubiera conocido las rudezas de la lucha de la vida, entregado por entero al problema de su alma.

Hablaba con una suavidad de abate y sus modales también tenían una unción religiosa.

Caminaba a pasos quedos e inseguros. Llegaba a la pizarra y se animaba: dibujaba los tejidos con una meticulosidad, un ardor que denunciaban pasión. Real-

---

(1) Conferencia dada a los alumnos internos del Hospital San Borja de Santiago.

zaba su dibujo ayudándose de múltiples colores escogidos con gran cautela; usaba las tizas coloreadas como un pintor el pincel.

Mirábamos con temor el paño que iba a borrar aquella filigrana primorosa.

Allí en esa pizarra, el doctor Izquierdo nos hizo entrever la grandeza de lo infinitamente pequeño y nos tentó con la donosura misteriosa del mundo celular.

Después se acercaba, rodeado de sus alumnos, al microscopio y una llama se encendía en él. ¡Con qué fruición nos describía los detalles particulares de la preparación, el pigmento especialísimo de este núcleo o la vacuola, para él maravillosa, de este protoplasma. Levantaba la vista del microscopio y, la mirada perdida en el vacío, continuaba la descripción empezada, veía en el espacio la célula, seguía sus dentritos localmente caprichosos, que parecía tocar y hubiera querido acariciar.

Nos impresionaba el misticismo científico de nuestro profesor de Histología.

Su exposición era precisa y límpida. Cuando hacía el estudio de un órgano daba la sensación de referirse a una morada que él hubiera habitado.

Esta compenetración del profesor y de la materia enseñada y este santo entusiasmo, unidos a la claridad de la inteligencia y al equilibrio de las facultades, hicieron de Izquierdo un investigador, honra de nuestra incipiente ciencia nacional, y un maestro, orgullo de nuestra Escuela en el último tercio del siglo.

---

Fuí un alumno distraído de este insigne profesor y ví llegar lleno de inquietud la prueba final.

En el examen se temía a «Izquierdito», como le decíamos con irreverencia, pero con cariño.

Entraba a fondo en la materia de improviso y era imposible a una cabeza vacía atravesar la red de ma-

llas apretadas que cerraba el camino. Afablemente hacía preguntas terribles, de vida o muerte. Algunos pobres compañeros quedaban clavados en el asiento, empalidecían y la mirada angustiosa buscaba refugio en contestaciones ambiguas o fuera de cuestión, como los toreros afligidos buscan amparo en los burladeros. El examinador, sin perder su dulzura, los obligaba de nuevo a pisar la arena de la plaza diciéndoles con cortesía «parece señor que no me ha comprendido bien» y volvía a oírse la pregunta fatídica.

Su fallo se acataba con dolor en el alma y al dejar el banquillo el supliciado maldecía no al juez sino a la fatalidad, al negro destino, a ese espíritu maligno que persigue a los jóvenes distraídos y en el cual creen todas las madres y también todos los padres.

«Izquierdito» era sólo la mano inocente que esgrimía la espada de ese duende maléfico y travieso. El Doctor aquella tarde—no la olvidaré— suavemente me dirigió una estocada al corazón, «histología de la médula espinal» dijo. Esa pregunta y la del bulbo raquídeo, legendarias, hacían estremecer.

Por ventura mía las tenía preparadas (siempre me ha gustado la neurología), y chocó la punta en lo más recio de mi armadura. Fué tal la prontitud de la respuesta, la confianza del ademán, la entonación de la voz que el buen doctor envainó su espada y me dió el pase con la nota máxima.

Creo que ésta ha sido una de sus pocas injusticias y arbitrariedades.

Pasé varios años lejos de mi profesor de Histología.

Lo oía mentar a algunos miembros de mi familia, clientes suyos, y hablaban de él como de un amigo querido, como de un sacerdote, cuya presencia da valor confiado o resignación serena.

Un día fuí llamado por mi profesor. Acababa de enfermarse gravemente de la vista.

Me dirigí a casa de don Vicente con cierta emoción.

Junto con el recuerdo del maestro respetado se agolpaban en mi mente recuerdos dolorosos. Mi padre había sido su compañero de clase, y estudiando, a veces en los mismos libros pasaron los años de una juventud seria y pensadora.

Uno y otro pudieron domar sus sentidos, cuando la sangre en ebullición, con el sol de la veintena, nubla la vista y cuando el viento de la primera pasión hace postrarse, y a veces para siempre, las espigas más hermosas.

Uno y otro, cuando los demás corrían en alegre cortejo, coronados de las flores del festín, a la búsqueda del placer, uno y otro miraban el porvenir y se preparaban silenciosos a la batalla que el mañana les preparaba.

Después en la misma época habían hecho vida profesional en Santiago.

Izquierdo se me figuraba, pues, como una prolongación de mi padre, muerto diez años antes.

La casa del doctor era una casa antigua de un piso en la calle Santo Domingo, de altas paredes, de anchas ventanas y de gran portalón.

No se veía un adorno en la fría fachada. En el zaguán la misma severidad. La muralla desnuda, pintada al óleo de un color indefinido, ceniciento o gris verdoso, no ostentaba un friso, un rosetón, una guirnalda.

Esta desnudez y esta simplicidad tenían algo de claustro.

Indudablemente, pensé, ésta es la casa de un hombre que vive para sí, puertas adentro y no para el mundo.

Después de larga espera la amplia mampara de vidrios empavonados se abrió sobre un jardín de plantas esplendorosas. Aparecieron helechos de la Isla Juan Fernández, azaleas, camelias, jazmines. Algunas, las más delicadas se protegían bajo quitasoles como soberanas orientales, otras apoyaban sus brazos frágiles.

y cansados en largos báculos, cual nobles de razas milenarias.

Era aquello un cántico a la pródiga madre tierra.

Desde el umbral penetraba así en otro de los secretos del señor de la casa. Al doctor Izquierdo lo animó desde la juventud, un amor a la naturaleza, que tal vez nació durante su larga estada en Alemania, pasión que, poco a poco, se convirtió en culto.

Fué el culto de su ancianidad.

Entré a una pieza a media luz, modesta y amable. Una biblioteca al fondo, retratos íntimos de familia por doquiera y sobre una mesa, cerca de la ventana, unas rosas magníficas, exuberantes de color y de forma, querían alegrar un microscopio impasible y triste como la realidad misma. En esa mesa se cumplía el voto del bardo portugués, la diafana fantasía dulcificaba la dura verdad, y parecía repetirse una ronda de ninfas en torno del viejo doctor Fausto.

El ambiente me recordaba hogares que había conocido a la orilla de la Sprea o del Rhin. Si, en casas de mis profesores de Berlín, de Freiburg, de Leipzig se respiraba esta misma atmósfera de paz profunda, propia de existencias que transcurren serenamente, sin preocupaciones económicas, sin ambiciones de riqueza o de poder, sin problemas pasionales, dedicadas por entero al trabajo intelectual, y protegidas, consoladas de las penas inherentes al roce con los demás hombres, inherentes a la vida misma, por el cálido afecto de la familia que se mantiene unida, como un haz, alrededor del jefe, del padre, del señor.

Izquierdo pasó parte de su juventud, seis a siete años en Alemania, hasta doctorarse en Medicina en la Universidad de Berlín, fué alumno preferido de Waldayer y en estos años juveniles se moldeó su personalidad definitivamente.

Tenía todas las virtudes del profesor germano: la

laboriosidad, la disciplina, la constancia, el orden, la meticulosidad, el puritanismo, la austeridad...

Yo creo que pocos chilenos se han impregnado en tal forma del espíritu universitario alemán y que pocos, muy pocos han logrado, como él, hacer florecer en Chile la planta espiritual germana.

En estas y otras disquisiciones hallábame cuando entró el doctor. Su barba estaba más blanca y su cabeza quizá menos erguida que cuando dibujaba aquellas maravillas multicolores en la pizarra de la clase de Histología.

Me recibió, no con esa gentileza que se sabe gentil de los hombres importantes y que respira magnanimidad. Hay grandes que hacen el sacrificio de su grandeza cortos instantes para ponerse al nivel del interlocutor, que comprende el sacrificio.

No me recibió con ese ademán paternal que ciertos mayores gastan con los menores y que aumenta aún más la diferencia que los separa.

No me recibió con esa atención amable en demasía que anuncia próximas mercedes por pedir.

No me recibió tampoco con esa llaneza exagerada que revela artificio y que si es espontánea tiene algo de despectivo por la despreocupación que ella significa.

Me recibió con humildad.

El doctor Izquierdo era Decano de la Facultad de Medicina, tenía tal vez y sin tal vez la situación profesional más respetable de la capital y de la República, poseía casas y haciendas, pertenecía a familia patricia.

¡Cuántos motivos de fatuidad para un espíritu hueco y un corazón pequeño!

Una sola persona en Santiago ignoraba todo esto y esa persona era don Vicente Izquierdo.

«Bienaventurados los mansos y humildes, porque ellos poseerán la tierra» escribió el evangelista.

En el primer instante me envanecí con esta acogida

y mientras mi profesor se empequeñecía me veía yo crecido e importante.

Aquello era un efecto de óptica; miraba en esos minutos el mundo con el antejo al revés.

Cuando me retiré, con el aire fresco de la calle, volví a ver las cosas tales como son y me sentí aplastado por esta modestia franciscana ignorada de sí misma.

Y mientras caminaba y meditaba sobre la lección que, sin quererlo, mi buen profesor había dado a mi orgullo, a mi vanidad, despertados por esta consulta del Decano, tan honrosa para un especialista novel, recordaba a otros, antítesis del doctor Izquierdo, que cargados de bienes y de honores o armados del poder, reciben pleitesía de la vulgaridad y se inflan. Para estos soberbios dejó La Fontaine la deliciosa fábula del burro cargado con el viático. El buen asno se imaginó que lo adoraban y trabajo costó convencerlo del error. Sorpresa fué saber que el incienso y los cánticos eran para el santísimo que llevaba.

Izquierdo fué humilde y esta humildad ejerce una singular atracción por ser virtud rara vez encontrada en los caminos de este mundo.

Veamos algunas anécdotas que lo pintan mejor que toda palabra, tal cual era.

Un día es llamado de casa millonaria a examinar un enfermo que atendía modesto médico de barrio.

«Para qué me consultan, comentó el doctor, está en muy buenas manos, y *el colega sabe más que yo*».

En sus últimos años, la enfermedad lo hacía faltar a veces a su servicio del hospital San Vicente. La administración del establecimiento después de pensarlo mucho, se atrevió a nombrar en esa sala a otro médico con el carácter de ayudante, al Dr. Enrique Dávila, y quedó temerosa de haber molestado a don Vicente.

Pero a los pocos días el Dr. Izquierdo dijo a uno de

los administradores «estoy muy contento con el nuevo colega, *se aprende mucho con Dávila*».

Y el Dr. Dávila había sido hasta hace muy poco su alumno.

Este menosprecio de sí mismo es virtud beatífica; los más se sobreestiman, y algunos, no pocos, cuales Narcisos se miran en las aguas del estanque.

Muchos pavos reales encontró en su ruta el sencillo Dr. Izquierdo y como avecilla, se acurrucaba para dejar pasar finchados personajes de arrastrada cola, de roja y enhiesta cresta y de cabeza diminuta.

Su humildad no era de esas excelencias heroicas del poverello de Asís, espontánea brotaba del fondo de su alma como en el fondo de la quebrada brota la violeta silvestre.

Recibía distinciones, honores, beneficios, sorprendido y atribuíalo a caprichos, a veleidades del destino, y miraba en su derredor agradecido porque, en su ingenuidad, sospechaba que todo aquello fuera efecto de la bondad de los demás. No conocía a los hombres y se desconocía.

Otro rasgo dominante de su personalidad es un profundo buen sentido, fruto del equilibrio de sus facultades.

La sensatez y la prudencia nacieron hermanas.

Era un médico muy prudente.

Llegaba al diagnóstico despacio, a pasos medidos y una vez hallada esta primera solución, solución previa, que plantea todo caso clínico, extremaba su prudencia en la segunda etapa, la más delicada, cuando el médico se encamina de la observación, de una actitud pasiva, a la terapéutica, es decir, a la acción.

Por eso el Dios Esculapio de los griegos tiene dos símbolos: una serpiente y un gallo de cuello ágil y ojo vivo en acecho. La observación alerta y la prudencia tímida, la observación en el momento en que se está incubando el diagnóstico, y la prudencia cuando el

médico Interviene sobre el organismo e intenta cambiar el rumbo torcido que con la enfermedad ha tomado la naturaleza.

El Dr. Izquierdo era muy tímido en su terapéutica.

Los específicos con nombres sonoros, la última novedad llegada por el último barco, los ponía en cuarentena y a la postre rara vez los usaba. Prefería recetar los medicamentos conocidos, probados por la experiencia de los años y en fórmulas simples.

En su virtuosa sensatez, le bastaba tener al frente el misterio del organismo sin complicar el problema con otro misterio, el del específico de fórmula ignota.

Parecía tener siempre presente la definición de Voltaire «La medicina, decía el terrible castellano de Fernel, con una sonrisa diabólica, es el arte de introducir algo desconocido en algo aun más desconocido».

El sentido clínico, si no significa buen sentido es algo que se le parece mucho.

Esta sabia cordura, unida a sus otras cualidades, imponía su presencia en todo caso serio de la clientela de Santiago. No había junta importante sin él. Y a este propósito recuerdo otra anécdota. Caballero muy importante enfermó gravemente. La familia provocó una junta magna. Hablaron todos, menos él. Se expusieron las recientes teorías sobre la materia y se discutió a porfía. Al fin dijo «yo ignoraba muchas cosas interesantes que aquí he oído, pero si disentimos en varios puntos, en algo estaremos todos de acuerdo: el enfermo se nos muere y no sabemos de qué». Y no se habló más.

Pero no debe creerse que, en su cordura y en su modestia tuviera él ojeriza a los petulantes. Los oía y los dejaba hablar sin el asomo de una burla. Poseía un caudal de benevolencia inagotable.

Una vez se comentaba un error clínico muy sonado y todos procuraban dar un alfilerazo al colega desgra-

ciado. Don Vicente entonces a media voz recordó este pensamiento de Goethe: «Der mensch irrt so langt er lebt» (el hombre yerra mientras vive) y todos nos quedamos cabizbajos recordando nuestros errores pasados.

Cuando sorprendía un desacierto y corregía un diagnóstico buscaba circunstancias atenuantes y solía decir, su frase ya conocida *es que los colegas no tienen paciencia* queriendo significar que el error no era imputable a torpeza ni a ignorancia, sino sólo a la rapidez del examen.

Cuidaba de los enfermos del hospital con interés sumo.

Si no podía verlos el Domingo llegaba por la tarde a casa de su ayudante a indagar noticias de tal o cual caso grave.

Daré otro detalle al parecer fútil, pero de hondo alcance en verdad, porque demuestra su espíritu de fraternidad con los desvalidos.

No usaba escuche para auscultar y aplicaba directamente su cara sobre el cuerpo desnudo del paciente, en el temor que el paño blanco protector aminorara la percepción auditiva.

Fuí su médico durante varios años y tuve la crueldad de condenar a este hombre, amigo de la lectura, a no leer, y a este apasionado microscopista a olvidar para siempre su microscopio.

—¿Qué voy a hacer entonces? Me decía anonadado con unos ojos muy tristes.

Era dejar en medio del mar a un pescador sin red, sin velas y sin remos.

No leía en su casa. Se hacía leer, observaba al parecer estrictamente la recomendación médica, pero cuantas veces lo sorprendí en bibliotecas, lejos de la afectuosa tiranía del hogar, probando a hurtadillas de nuevo el placer prohibido.

Me daba disculpas, inventaba alguna mentirilla cual colegial cogido en cimarra.

Después de haber publicado valiosos trabajos sobre la flora microbiana de nuestras aguas y haber descrito especies nuevas de Infusorios, dejó el estudio de lo infinitamente pequeño y se entregó entonces al estudio de la botánica y de la zoología. Sus últimos años fueron alegrados por el entomólogo Fabre, el Homero de los insectos.

En su propiedad de campo, durante sus eternas vacaciones forzadas, repetía las experiencias del sabio francés.

Un día me contaba, animado, su última experiencia.

Conocía muy bien una especie de mariposas, pero sólo había visto hasta entonces la hembra y todos sus esfuerzos durante meses resultaron infructuosos para descubrir el macho. Sabía cuál era la forma de su cabeza, la forma de sus patas, los colores que en pintas caprichosas salpicaban sus alas, pero nunca este aparecía.

Cierta noche de verano, colocada una luz en medio del prado de su parque de San Jorge a las dos de la mañana llegó el Don Juan con su real manto a visitar a la niña que el buen doctor tenía aprisionada en un bocal de vidrio al lado de la lámpara. «Era como yo lo suponía, hermosísimo», me decía sonriendo. Y aterrizaron muchos otros tenorios caídos de las estrellas, en medio de la oscuridad silenciosa a golpearse y herirse contra la muralla de cristal. El eterno drama del amor.

El Don Juan alado sólo a altas horas de la noche salía en aventuras y estas costumbres licenciosas sorprendían mucho a don Vicente.

Otras veces me hablaba de sus plantas. Un helecho que tenía alguna de sus ramas caída y las hojas un tanto marchitas, lo preocupaba. Me llevaba a examinarlo como si se tratara de un enfermo.

La última vez que lo ví iba en viaje a su fundo; lo acompañaban dos de sus hijas; tenía apuro en llegar

para cuidar rosas recién plantadas y ordenar mariposas no clasificadas aún en su colección.

Al cabo de existencia activa como la que más, dedicada a la cátedra, al hospital, a la Beneficencia, al ejercicio profesional, a la Dirección de la Escuela de Medicina, vivió sus últimos días rindiendo culto a la naturaleza.

Después de estudiar la vida humana en todas sus fases, no se quiso ir de esta tierra sin rendir tributo a las plantas y a los insectos.

Y la naturaleza agradecida le procuró sus últimos entusiasmos, sus últimas ilusiones.

---

El 26 de Julio de 1926 a los 75 años de edad, se apagó la vida ejemplar de este varón justo.

Partió immaculado, y en su túnica, después de larga caminata, ni una desgarradura, ni una sombra y sí sus pies hiriéronse en guijarros de ásperos senderos, no lo supo, no lo quiso saber o lo olvidó.

Nunca viento de pasión mezquina agitó su alma, nunca sombra de vanidad nubló su frente, nunca la ambición dió a sus ojos extraño brillo.

La serenidad residía en él como en esas cabezas de Phidias que expresan la paz profunda. La belleza que ha creado el artista está en el reposo; la armonía está en el equilibrio del alma.

Las pasiones yacen dormidas y vive sólo el hombre pensante.

¿Cómo pudo llegar Vicente Izquierdo a la cima de la colina augusta de la serenidad del poeta? ¿Cómo alcanzó esa quietud que hermoseó su vida desde la mocedad hasta la senectud?

En este mundo continuó modesto; rodeado de malicia, de la vulgaridad maliciosa, siguió con una ingenuidad de adolescente; observador atento del loco afán de lucro, como hace cincuenta años dió al dinero valor relativo.

En medio del lujo vistió como un pastor protestante. Ante la ignorancia sentenciosa, guardó silencio; más aun, escuchó con atención la palabrería y miró sin impaciencia el énfasis del mediocre leído.

Sintió posarse sobre su hombro la mano protectora de la zozca fatuidad y no se sonrió.

Ante el círculo más y más numeroso de la envidia murmuradora no se detuvo, pero ante el error y el pecado ajeno, habló y los disculpó.

Se mantuvo incólume y el torrente corrió a sus pies sin salpicarlo.

Sólo una fuerza interior invencible pudo defender su personalidad de todo contagio.

Y esa fuerza interior, su fuerza, era la bondad y ante ella, como ante una roca, se deshacían en espuma los sentimientos bastardos que entristecen la vida de los hombres.

Para él los conocidos eran sus amigos; los rivales sus compañeros de trabajo y los enfermos eran sus parientes.

Y el noble caminante partió envuelto en su túnica blanca, dejándonos una huella; pero ¡qué difícil es seguir sus pasos...!